

ANTONIO TOVAR LLORENTE
(Madrid)

ESTADO ACTUAL DE LOS ESTUDIOS IBERICOS (*)

Querido y admirado Domingo Fletcher, señoras, señores:

Cuando el Servicio de Investigación Prehistórica en el que tanto has trabajado te reconoce como Director honorario, tengo el inmerecido honor de que, quizá como el más viejo de tus amigos y colegas, se me haya encargado de hablar hoy. Interpreto esta oportunidad que me da la celebración de tus méritos y trabajos, como el encargo de situar tu labor en su tiempo, es decir, de mostrar que todo trabajo científico se ha de ordenar en una verdadera sucesión, como nos enseñaron los griegos, que disponían la pléyade de sus filósofos en *diadochal*, en sucesión de directores de escuelas, casi en dinastías.

Aprovecharé también la ocasión para examinar, desde mi punto de vista, el estado actual de los estudios ibéricos, y señalar algunas de las perspectivas que ofrecen, en especial en lo relativo a la epigrafía y len-

(*) Conferencia pronunciada por el Excmo. Señor Don Antonio Tovar Llorente, de la Real Academia Española, el día 13 de junio de 1984, en el salón de actos del Ateneo Mercantil de Valencia, con motivo del homenaje que se rindió a Domingo Fletcher Valls por la Exma. Diputación Provincial al nombrarle Director Honorario del Servicio de Investigación Prehistórica, y que fue publicado en un pequeño folleto que, con el título «Homenaje a Domingo Fletcher Valls (13 de junio de 1984)», se repartió entre los asistentes al acto.

Cuando, con posterioridad, la Dirección del Servicio de Investigación Prehistórica se propuso publicar un tomo en homenaje a Domingo Fletcher Valls, se pensó reeditar la conferencia del Dr. Tovar Llorente en una publicación que tuviera mayor difusión, para lo que en carta del día 4 de marzo de 1985 se le solicitó su autorización. El autor concedió su permiso mediante carta del día 12 siguiente, a la que adjuntaba una cuartilla con correcciones al texto publicado, correcciones que hemos incorporado ahora.

La lamentable desaparición del Dr. Don Antonio Tovar, fallecido el día 14 de diciembre de ese mismo año 1985, ha impedido que efectuara una revisión de las pruebas de imprenta, por lo que si existen en el texto algunos errores son sólo atribuibles a esta Dirección. ¡Descanse en paz el Maestro! E.P.B.

gua, y a la relación con la lengua vasca. Me atreveré a señalar que si, en la época de Fletcher, en nuestra época, nuestro avance ha sido más bien una llamada a la prudencia en el viejo tema de la equiparación de vasco e ibérico es posible que, sin abandonar nunca la cautela, se puedan revisar otra vez, en muchas partes de la Península, elementos más o menos de aspecto vasco, que, si no coincidentes del todo, están sin duda relacionados con el ibérico y pertenecen en común al remoto mundo de lo indígena, de lo preindoeuropeo.

Domingo Fletcher ocupa un lugar preeminente en los estudios ibéricos. Durante muchos años ha sido él quien, particularmente en las tres provincias valencianas, ha impulsado, ha favorecido, ha buscado, ha coordinado, ha sido generosísimo en la comunicación de hallazgos, ha publicado las inscripciones y, sobre todo las ha estudiado como nadie, transcribiéndolas y dibujándolas, examinándolas durante días y días, haciendo con cada una de las palabras ibéricas todas las comparaciones y referencias que pueden guiar en el oscurísimo campo de la interpretación.

Si repasamos, por ejemplo, una de sus últimas publicaciones, la de los plomos de Yátova (1), podemos ver cómo ha conseguido analizar estos difícilísimos textos epigráficos. Debajo de una escritura halla otra, y sus ojos y su habilidad de dibujante consiguen desdoblar la caótica apariencia del original, y llegar a darnos el calco separado de los dos textos del plomo, desglosando el más reciente del que estaba debajo, semiborrado, y a veces en caracteres pequeños.

El prestigio del Servicio y la diligencia de Domingo Fletcher son la causa de que en todo el antiguo reino de Valencia se haya acudido siempre a él con los hallazgos, que ya no se esconden, ni caen en manos de mercachifles para exportarlos, ni se pierden para la ciencia. Los plomos de Yátova, precisamente, fueron abandonados por unos excavadores clandestinos, que no reconocieron afortunadamente en aquel «paquete» formado con tierra alrededor el hallazgo importantísimo. Cultos ciudadanos del pueblo de Buñol se dieron cuenta del valor de aquello y lo depositaron en el Museo de Prehistoria de la Diputación. Por suerte, pero no por causalidad, pues nadie como Fletcher podía estudiar y publicar en pocos meses el difícilísimo material. En esa cultura difundida por todo el país, por la que los ciudadanos pueden darse cuenta del valor de algo en peligro de perderse, y saben adonde hay que llevar las inscripciones, se refleja la entusiasta labor de años

(1) D. FLETCHER VALLS: «Los plomos ibéricos de Yátova (Valencia)», Serie de Trabajos Varios del Servicio de Investigación Prehistórica, núm. 66, Valencia, 1980.

del Museo de la Diputación. En esa labor, que yo recuerdo iniciada antes de la guerra civil de 1936, Domingo Fletcher es un eslabón que ha servido medio siglo a la continuidad científica, y a su difusión en la cultura de la gente, también de la no profesional. El enriquecimiento de la epigrafía ibérica, el aumento, ininterrumpido y creciente, de inscripciones, no es una casualidad, y se debe al celo y al entusiasmo de Fletcher y al prestigio del Servicio de Investigación Prehistórica.

Cuando Fletcher comenzaba a trabajar en el Museo de Prehistoria, los estudios ibéricos vivían en Valencia una etapa brillante. Dirigía el Servicio su fundador, don Isidro Ballester Tormo, y enseñaba Prehistoria en la Universidad Don Luis Pericot García, maestro de tantos y tantos prehistoriadores valencianos. Por aquellos años, antes de la guerra civil, se comenzaron las excavaciones de Liria. La colección de los vasos de Liria, orgullo del Museo, comenzaba a formarse. A los primeros descubrimientos pertenece el sensacional letrero ibérico *gudua deisdea*. Ya saben ustedes la historia: Pericot presentó en la Universidad de Barcelona a una estudiante vasca la inscripción, sin acompañarla de la figura que la contiene en el fragmento cerámico; la estudiante pensó en las palabras vascas *gudu* «combate» y *deitu* «llamar», y entonces pareció por un momento comprobada la vieja tesis de la identidad vasco-ibérica. Un texto ibérico resultaba inteligible por el vasco. En vano Don Julio Urquijo, el patriarca de la erudición vasca, hacía notar unos años después (2) que en la frase era un poco raro que el artículo *-a* apareciera pospuesto, y en esta forma, a las dos palabras, y que, lo mismo que la morfología, la sintaxis no fuera muy vasca, aparte de que si *deitu* recuerda al latín *dictum*, *gudu* no está exento de la sospecha de ser un germanismo en vasco.

El significado de la frase ibérica les pareció a muchos vascólogos eminentes que podía ser con todo «llamada de guerra», como ilustrando la pintura. En tal sentido opinaron J. Caro Baroja, A. Irigaray y Severo Altube (3). En la pintura se ve una barca ocupada por guerreros, dos de ellos con sus escudos ibéricos convexos, enfrentada a la vez con otra barca, ocupada por un guerrero con su escudo y un perro que ladra, y que parece que la ha sorprendido por detrás, y con otro guerrero, que desde tierra firme responde tendiendo su arco a una flecha

(2) J. DE URQUIJO E IBARRA: «La famosa inscripción ibero-vasca de un vaso de Liria. *Gudua Deitzdea*. Error de lectura o error de fecha. Contestación a una crítica», *Boletín de la Real Sociedad Vascongada de Amigos del País*, I, 2.º, San Sebastián, 1945, págs. 125-143.

(3) J. CARO BAROJA: «Sobre el vocabulario de las inscripciones ibéricas», *Boletín de la Real Academia Española*, XXV, Madrid, 1946, págs. 196 y s. y 202.

A. IRIGARAY: En nota que publica Caro Baroja en la obra citada antes.

S. ALTUBE: En Homenaje a Don Julio de Urquijo, I, págs. 351 y ss.

que le disparan desde la primera barca. Los peces que se ven en el vaso debajo de las barcas, y el ave marina que vuela sobre ellos, nos hacen pensar en una escena de ataque por sorpresa en la Albufera.

Las excavaciones de Liria continuaron, gracias a la actividad del Servicio de la Diputación, y hoy la colección valenciana es sin duda la más rica que existe en epigrafía ibérica. Ya hemos dicho la parte que en ella tiene Domingo Fletcher.

El comienzo de las excavaciones de Liria nos ha llevado al tiempo en que el desciframiento de la escritura ibérica por Don Manuel Gómez-Moreno empezaba a ser aceptado. Desde 1922 ese desciframiento estaba publicado, y desde 1925, Gómez-Moreno, en un segundo artículo, la había explicado de modo más completo, a la vez que presentaba un mapa etnológico de la Península que se mantiene hoy, después de medio siglo ya cumplido, casi por entero. Pero los estudiosos somos rutinarios, y amantes de nuestras capillitas y cole-gas. Es muy difícil romper además con el prestigio de grandes figuras, y con el peso de la tradición. Ni sesudos sabios tudescos, ni eminentes arqueólogos de rivales grupos y escuelas, aceptaban las lecturas de Gómez-Moreno, y sólo algunos numismáticos, hacia 1929, empezaron a utilizarlas por la sencilla razón de que, ahora sí, las monedas se podían leer. Pericot y Ballester Tormo, y el joven Fletcher, como también Don Pío Beltrán, leían al modo de Gómez-Moreno los materiales que iban apareciendo, y el problema ibérico, con inscripciones que ya no eran el galimatías de las transcripciones de Hübner, se podía plantear de otro modo.

Así fue posible descubrir que la escritura ibérica había sido utilizada también por los celtíberos, y confirmar y precisar el mapa etnológico que Gómez-Moreno había trazado. A mí me tocó, como lingüista, sacar algún partido del descubrimiento. Recordemos, con mis intentos, algunos trabajos de Caro Baroja.

Julio Caro Baroja trató en ellos de lo que él llamó vasco-iberismo, es decir, de una equiparación o identificación del vasco con el ibérico, que, por una parte, tenía a su favor un gran prestigio científico, más por otra, también una tradición antiquísima, casi bíblica, pues arranca del pasaje del *Génesis* en que Tubal, hijo de Jafet, aparece como padre de los iberos, pasaje en el que a San Jerónimo, al comentarlo y traducir el comentario de Eusebio se le ocurrió añadir a *Iberi* la explicación de *qui et Hispani*. Todavía hoy en Tbilisi, la capital de Georgia, la Academia de Ciencias de aquella república soviética publica una revista que se llama *Anuario de lingüística ibero-caucásica*, en ella naturalmente se admite la relación con el vasco y con ese supuesto antepasado ibero. Lo mismo que en Georgia, la Iberia caucásica, arraigó la idea de Tubal

como antepasado en toda España, y muy particularmente entre los escritores vascos, desde Esteban de Garibay (1571). El origen latino del castellano y de las otras lenguas románicas estaban ya claro para Aldrete, por ejemplo, en su libro de 1606, pero el enigma de los orígenes del euskera invitó a mantener la descendencia tubálica a los vascos durante un par de siglos más. Y uno de los fundadores de la lingüística moderna, Guillermo de Humboldt, aprendió en su viaje a las provincias vascongadas en 1801 la identificación de vasco e ibérico, y las consiguientes relaciones con Georgia y con Italia (estas últimas, en verdad, eran resultado de las invenciones del falsario Annio de Viterbo, adulador de Fernando el Católico) y resumió, puso al día y divulgó toda la tradición vasca, aceptada también por Lorenzo Hervás, en su famosa *Comprobación de las investigaciones sobre los primitivos habitantes de Hispania por medio de la lengua vasca* (4).

El prestigio de Humboldt, y la continuidad, casi siempre admirable, de la ciencia alemana, aseguraron como indiscutible la vieja doctrina vasco-iberista, y cuando en 1893 el gran epigrafista E. Hübner publicaba los *Monumenta linguae Ibericae*, confundía todos los restos de lenguas antiguas de la Península en una sola lengua, con el erróneo genitivo de singular *linguae Ibericae*. Y tomando como base el *Corpus* de Hübner, el genial romanista y vascólogo Hugo Schuchardt publicaba en las actas de la Academia de Viena, en 1907, una monografía, «Die iberische Deklination» (5), en la que se ofrecía al final, de la mezcla de restos que ahora sabemos son ibéricos, celtibéricos, lusitanos, del Sudoeste, etc., un desmedrado cuadro que Gerhard Bähr, en su tesis doctoral de Göttingen (publicada póstuma en *Eusko-Jakintza*) (6) no pudo apoyar en ningún punto, como seguidor ya de las lecturas de Gómez-Moreno.

Tuvimos que hacer un esfuerzo muy grande para romper con esta fuerte tradición que paralizó largo tiempo los estudios ibéricos, y todavía, cuando no se es prudente con la comparación vasca, los pone en peligro de caer en el error y en el disparate. Iberistas españoles y extranjeros que creen que, sin conocimiento del euskera, basta abrir un diccionario para encontrar la clave de una palabra ibérica, no deben continuar trabajando sin estudiar una lengua que, afortunadamente, está descifrada pues que se habla como lengua viva. Ya con la base de

(4) L. HERVAS Y PANDURO: «Comprobación de las investigaciones sobre los primitivos habitantes de Hispania por medio de la lengua vasca», Madrid, 1821.

(5) H. SCHUCHARDT: «Die Iberische Deklination», Sitzungsberichte der Kais. Akademie der Wissenschaften in Wien, CLVII, 2, Viena, 1907.

(6) G. BÄHR: «Baskisch und Iberisch», *Eusko Jakintza*, II, 4-5, Biarritz, 1948.

las lecturas de Gómez-Moreno se pudo ver cuántas propuestas disparatadas había en materia de interpretación del ibérico, y que en Humboldt se presentaban como artículo de fe. Hubo que limitarse a comparar datos seguros y a lograr así un mínimo aceptable, abandonando precipitadas conclusiones de la comparación vasco-ibérica. A esta tarea se sumó enseguida, con su sabiduría lingüística y su admirable conocimiento del euskera, Luis Michelena que siguió la tradición crítica de Urquijo y reforzó la actitud reservada frente a la identificación tradicional.

En los últimos decenios se ha progresado mucho en el conocimientos de los restos lingüísticos de la antigua Hispania. El celtíbero y el lusitano se dibujan con perfiles bastante claros, en mucho mayor medida el primero que el segundo, pero nuestro conocimiento de la lengua ibérica no ha podido avanzar tanto. Y es que el celtibérico y el lusitano son lenguas indoeuropeas, y todo el instrumental del método comparativo está a disposición del que quiere trabajar sobre las inscripciones. Pero el ibérico pertenece sin duda al mundo preindoeuropeo, y no tenemos ni método seguro, ni referencias ordenadas para analizarlo. Después nos habremos de ocupar de las posibles conexiones del ibérico, que nos llevan a campos lingüísticos estudiados en mayor o menor medida, pero con historia más corta, sin los milenios de continuidad que nos enseñan tanto sobre las lenguas indoeuropeas.

La situación del desciframiento del ibérico se puede comparar a la del etrusco. El etrusco es conocido por millares de inscripciones, con una tan extensa como la de la momia de Zagreb con sus aproximadamente 1.270 palabras de texto seguido con fórmulas repetidas, pero podemos decir sin atenuantes que es una lengua no descifrada. Sólo en, por ejemplo, fórmulas sepulcrales que se repiten a menudo, se entiende algo con seguridad, pero cuanto más extenso es el texto, las dificultades son mayores. Aun en el caso de la bilingüe famosa de Pyrgi, donde un texto fenicio glosa como en compendio la más extensa en etrusco, las dificultades que quedan son todavía insuperables.

El problema es semejante en ibérico. La inundación de inscripciones extensas, como el conjunto de Yátova, con 165 palabras en tres plomos, con sus diez caras si separamos las superposiciones, o el de Pech-Maho, con sus más de 100, me deja, al menos a mí, abrumado y perplejo. El desciframiento puede intentarse en una breve estela donde se pueden esperar fórmulas, o acaso en los letreros que ilustran las pinturas de vasos, pero en un texto extenso, de cuya naturaleza no sabemos nada, y que además, con lo que parecen numerales, hacen pensar en que se trate de cuentas o inventarios, hay que tener paciencia.

Una lengua inclasificada, es decir, no incluida dentro de una familia, es por de pronto indescifrable, y sólo por el estudio de lo conocido (onomástica, especialmente nombres propios identificables, o también palabras extranjeras prestadas) se puede ir rompiendo algún sello impenetrable. Pero aun así, la experiencia del etrusco nos enseña que por esta vía no son muy accesibles la morfología y la sintaxis. Lo que sabemos sobre la estructura de una lengua una vez que podemos partir de que es indoeuropea, semítica, etc., no nos lo dan penosas deducciones que, con mucho trabajo, podemos intentar alrededor de ese punto de claridad que es una palabra identificada o casi. Pero las tinieblas nos envuelven cuando leemos las inscripciones que se custodian en el Museo de Prehistoria de Valencia. Las contemplamos llenos de admiración, pero la augusta esfinge esconde su secreto.

LOS IBEROS: LA CULTURA IBERICA

El nombre de iberos, Ἰβηρες (muy raro Ἰβηροῦ) en griego, *Iberī* en latín, parece enigmático. Sin duda hay que relacionarlo con el de gran río peninsular que da al Mediterráneo, el *Ebro*, *Ibērus* en latín. En castellano y en catalán, pervive con el acento del griego Ἰβηρ, en la primera sílaba, y lo mismo ocurre con el de *Fontibre* (de *Fonte Iberi*), del lugar donde nace el río. Es natural que tengamos el acento griego como en otra palabra popular, *Isidro* (frente a la forma culta *Isidoro*, Ἰσιδωρος, con su acento latino), pues lo mismo ocurre con otro nombre geográfico, el de *Adra* (Ἰβηρα), provincia de Almería, y los topónimos perviven en la lengua hablada (7). Por eso yo me inclino, contra la idea general, a pensar que el nombre primitivo es el del río, y no el del pueblo que habitaba en las orillas de su curso bajo.

Pues el nombre del Ebro se explica por las palabras vascas *ibai* «río» e *ibar* «vega». Los griegos se encontraron con que los iberos llamaban al más caudaloso río de la vertiente mediterránea *ibar* «río», el río por excelencia.

Las dos formas *ibar* e *ibai* están sin duda entre sí en una relación que se explica por sufijos que en vasco (y parece que también en ibérico) (8), cambian. En este caso tenemos *i/r* (también intervienen en otros casos *s*, *n*, y otros fonemas) y podemos comparar *amai* «límite»/ *amar* «diez (fin, sin duda, de contar los dedos de las manos)», y para confirmarlo: *amaika* «once (algo así como un derivado adjetival de

(7) Cfr. para estas palabras R. MENENDEZ PIDAL: «Manual de gramática histórica española», 6, 4.

(8) Cfr. *ildun/r*, A. TOVAR: «Léxico de las inscripciones ibéricas», Estudios dedicados a Menéndez Pidal, II, Madrid, 1951, págs. 273-323, especialmente la pág. 310.

“diez”, “el que sigue a diez”); también se puede recordar *-kor/-koi*, doble forma del sufijo vasco que significa «propenso a».

Los griegos jonios que exploraron las costas mediterráneas de España oyeron *Ibar* en boca de los indígenas, y siguiendo la evolución de su dialecto, que lo mismo, se supone, que del siglo VII al VI, de *Māda* hicieron $\mu\acute{\eta}\delta\omicron\upsilon\lambda$, lo convirtieron en Ἰβηρ

Que llamaran Ἰβηρες a los indígenas del país del Ἰβηρ pudo ser debido a que los indígenas llevaran en su lengua un étnico derivado del nombre del río. Muy posiblemente no, pero de todas maneras en griego se creó una formación radical, sin añadir nada al tema Ἰβηρ . Paralelos a Ἰβηρες serían nombres de pueblos extranjeros que hallamos en griego: $\kappa\acute{\alpha}\rho\epsilon\varsigma$, $\kappa\acute{\iota}\lambda\iota\kappa\epsilon\varsigma$. La identidad de la forma no decide gramaticalmente si lo primitivo es la acepción de un río o la de un pueblo, pero si se acepta la etimología vasca del nombre del río (ciertamente hipotética, mientras no la encontráramos confirmada en fuentes ibéricas) la semántica parece asegurar que el nombre fue primitivamente el del río.

Los iberos ocupaban en la época de los viajes de los jonios la fachada mediterránea de la Península, por lo que ésta fue llamada Iberia. Los conocimientos que fueron alcanzando los griegos, entre los siglos VI y V, de la Península, les mostraron la presencia de celtas en el Sudoeste, al Norte del Algarve, y que allí comenzaba una extensa $\kappa\epsilon\lambda\tau\iota\kappa\acute{\eta}$, que según Heródoto se extendía por todo el Occidente de Europa, hasta las fuentes del Danubio. En los autores griegos más antiguos se denomina *Celtica* la mitad nordoccidental de la Península, como opuesta a la mitad mediterránea ibérica, pero ya Polibio designó como *Iberia* a toda la Península, y esa es la palabra griega para lo que los romanos, con palabra aprendida de los cartagineses, llamaron *Hispania*.

El territorio en que aparecen los iberos históricos, los que conocieron griegos y romanos, es muy extenso. La comparación de ciertas formas lingüísticas que se repiten en los textos ibéricos, nos ha permitido demostrar la homogeneidad lingüística de un territorio que se documenta muy bien. Las monedas de Urçi, hacia Almería, muestran en su leyenda ibérica *Urcescen* la misma terminación que las de Sagunto y las de los ilergetes, ausetanos, layetanos, indigetes (*Unticescen*), y la ciudad de Narbona (*Neroncen*). En monedas de Ilíberis (Granada) hallamos la misma palabra *cestin* que en una inscripción de Liria. Monedas de *Obulco* (Porcuna, Jaén) nos dan *duidui* como Liria, *iltir* como Cástulo, Alcoy, Liria, Cabanes, Barcelona, Ullastret, los indigetes, Lérida y Cogul; monedas de esta misma ceca ofrecen *iscer*, que aparece en Cástulo, Alcoy, Liria, los indigetes (y *escer* también en

Liria), y nos dan también *adin*, como Liria, Sinarcas, Sagunto, Tarragona, Azaila, y como leemos en varios nombres de la *turma Salluitana* (donde también hay *-aden*), en una inscripción romana de Sofuentes, al Norte de Egea, y en Ensérune.

La epigrafía pues, nos permite afirmar que desde Porcuna, Granada y Almería se hablaba la misma lengua por toda la costa mediterránea, hasta Ampurias, Narbona y Ensérune, y por el interior hasta el país de los ilergetes por Lérida y Zaragoza, y de los vascones, en Alagón y Sofuentes. El estudio de estas palabras o elementos de composición permite, aunque no sepamos en general el significado, sostener que la misma lengua se hablaba en todo este territorio, como presentamos ya hace tiempo en mapas (9). Esta unidad de la lengua ibérica la admiten J. Maluquer de Motes y Antonio Arribas (10), que exagera un poco quizá al llevar los límites hasta el Ródano y hasta las columnas de Hércules. Por su parte L. Pericot (11), insiste resueltamente en la unidad de todo el territorio en que la lengua aparece con tan innegables coincidencias.

Un problema difícil es el de si hubo también iberos en la Bética al Oeste de Porcuna. Es bien sabido que un río de Huelva, el que ahora se llama Tinto, se llamaba *Hiberus* en Avieno e Ἰβηρ en Estrabón (13). Un testimonio antiguo, que se refiere (hacia 400 a. C.) a los viajes de Hércules y utiliza varias fuentes, que coinciden con Avieno y Heródoto, el de Herodoro de Heraclea (14), llama iberos a todos los pueblos de la zona del estrecho de Gibraltar y mucho más al Este, es decir, el territorio de Tartessos en su más amplio sentido, y considera como tribus de una misma raza a los cinetes, gletes, tartesios, elbisinos, mastienos y celcianos, con una corrupción al fin de este texto en la que parece se menciona el Ródano (15). ¿Se llamaron realmente iberos los pobladores de todo el Sur de la Península? ¿Son miembros de la

(9) A. TOVAR: «Extensión de la lengua ibérica en Andalucía», *Zephyrus*, VII, Salamanca, 1956, págs. 81-83.

A. TOVAR: «The Ancient Language of Spain and Portugal», New York, 1961, págs. 50 y ss.

(10) J. MALUQUER DE MOTES NICOLAU: Prólogo a la obra que se cita a continuación, pág. 20.

A. ARRIBAS PALAU: «Los Iberos», Barcelona, 1965, pág. 27.

(11) L. PERICOT GARCIA: «La cerámica ibérica», *Fotografías de Toni Vidal*, Barcelona, 1979 (1984), pág. 11.

(12) AVIENO, Ora 248. Cfr. A. SCHULTEN: «Iberische Landeskunde», I, Strasbourg, 1955, págs. 336 y s.

(13) ESTRABON, III, 5, 9, pág. 175.

(14) J. JACOBY: «Die Fragmente der griech. Historiker», I, págs. 215 y s. y 502 y s.

(15) A. SCHULTEN: «Fontes Hispaniae Antiquae», II, Barcelona, 1925, págs. 37 y 38.

misma comunidad étnica que hallamos en la Andalucía oriental y en toda la costa del Este? ¿O iberos en este punto no significa otra cosa que hispanos? Con los datos lingüísticos, no es fácil dar una respuesta. Pero habremos aún de volver sobre este punto.

El precoz desarrollo de la cultura tartesia, la presión de los invasores celtas en toda Andalucía, particularmente sobre la occidental, así como sobre el Alentejo, y la colonización fenicia y púnica, no nos permiten ver si la base étnica de la Andalucía occidental era semejante a la que se nos manifiesta en el mundo ibérico propiamente tal, en los límites que la lengua nos señala. El *Hiberus* de Avieno, "ΙΒΗΡΟ de Estrabón, podría ser un indicio de que sí, de que en aquella región un poco marginal se mantuvo conciencia de que eran iberos. Pero cuando contemplamos el tesoro del Carambolo, o los relieves de Osuna, o se estudian las cerámicas de Andalucía occidental, nos encontramos con otras tradiciones que la ibérica propiamente tal.

Es cierto que todavía hace pocos años, al final de su vida, podía investigador tan competente como Pericot (16), aseverar que «no existe definición satisfactoria y una cronología evidente» sobre los iberos, pero el número grande de inscripciones, cuya lectura es clara, permite, aun sin considerar descifrada la lengua, conocer la identidad de ella en toda la provincia epigráfica.

Basándonos también en la arqueología de ese territorio, especialmente en la típica cerámica, que coincide con el que la epigrafía nos asegura como ibérico, podemos intentar una explicación cronológica del desarrollo de esta cultura, dejando ahora el problema, mucho más difícil, de sus orígenes. Como dice Maluquer (17), refiriéndose a como plantean los arqueólogos estas cuestiones, «la cuestión de *origen* ha sido substituida por la de *formación* de tal o cual pueblo o cultura».

La presencia epigráfica y arqueológica de los iberos permite partir de la idea de P. Bosch Gimpera (presentada por Pericot) (18) de que los iberos son una etnia que existe en la Edad del Hierro, y cuya cultura tomó rasgos característicos, determinados en buena parte por influencias coloniales púnicas y griegas, en el siglo VI.

La cultura ibérica, dentro de la unidad que la lingüística descubre, muestra diferencias regionales, que resultan sin duda de que las formas culturales ibéricas toman sus rasgos definitivos en la región del

(16) PERICOT: Op. cit. en la nota 11, pág. 8.

(17) MALUQUER DE MOTES: Op. cit. en la nota 10, pág. 9.

(18) PERICOT: Op. cit. en la nota 11, pág. 11.

alto Guadalquivir, y se extienden, seguramente favorecidas para su expansión por una preexistente comunidad étnica y lingüística, de Sudeste a Noroeste. Pericot (19) insiste en «la importancia del substrato ibérico en el Este y Sur de España en unas fechas relativamente elevadas para el desarrollo de la primera etapa de lo ibérico».

Es en la región entre la Sierra Morena y la Sierra Nevada, alrededor del alto Guadalquivir, donde se dan las condiciones para la formación de una cultura, en un territorio relativamente protegido contra las invasiones indoeuropeas y la presión de las colonizaciones. Allí, sobre la larga tradición cultural de la región de Almería, vienen a confluir influencias tartesias.

Una muestra innegable de estas influencias tartesias es la escritura ibérica, cuya forma más antigua es la llamada tartesia o bástulo-turdetana, es decir, la del Algarve y todo el Sur de la Península, que seguimos pensando se formó hacia el año 700 a. C. en el Sudoeste, territorio en que competían influencias griegas con fenicias. El elemento silábico no puede ser del tipo que se llama secundario, es decir, formado sobre la base de letras alfabéticas, a menos que esto se pudiera demostrar. La hipótesis de que el elemento silábico de la escritura alfabética sea una herencia de los silabarios del II milenio es la más obvia para explicar su presencia en el I a. C. El argumento que expuse en 1943 (20) de que el silabismo se mantuviera obedeciendo a conveniencias fonológicas de la lengua para la que se inventó, sigue teniendo valor. Se trata de un arcaísmo en zona marginal, semejante al uso de silabarios de antiguo abolengo en Chipre hasta tiempos bastante tardíos. No se han hallado, que sepamos, huellas de un silabismo sistemático y completo en nuestra Península. Se puede pensar que un indígena dueño de las escrituras griega y fenicia, y quizá empapado del silabismo que I. J. Gelb considera inherente aún al alfabeto fenicio, o un colonizador compenetrado con la cultura indígena, forjó alrededor de la fecha que suponemos la escritura cuya alta antigüedad parece que se confirma cada vez más en excavaciones en Portugal.

En la cultura ibérica que toma sus rasgos característicos en la región del alto Guadalquivir podemos ver un juego de influencias que es, un siglo después de que se formara la escritura del Sudoeste, una combinación semejante de elementos distintos: la metalurgia de los exvotos ibéricos de Sierra Morena, que surge en el siglo VI, es de tradición indígena, pero la influencia griega es innegable. Más griega,

(19) PERICOT: Op. cit. en la nota 11, págs. 236 y s.

(20) A. TOVAR: «Estudios sobre las primitivas lenguas hispánicas», Buenos Aires, 1949, págs. 17-20.

pero a la vez oriental, es la escultura en piedra que florece en los antiguos reinos de Murcia y Valencia. No olvidemos que es ese territorio donde los iberos, en casos que parece podemos considerar poco normales, adoptaron servilmente la escritura jónica para escribir los plomos de Alcoy y Mula.

Contribuyen con tradiciones formativas al ibérico la cultura tartesia, que sabemos extendió su influencia por todo el Sur de España, hasta incluir la Contestania, y supervivencias de la cultura del Argar, más remota en el tiempo, pero la última de las que sucesivamente tuvieron su centro en la región de Almería. La alta cultura tartesia explica, con modelos como los legendarios Gárgoris y Habis, o el más histórico Argantonio, la existencia de la monarquía en el Sur.

El estudio que hace Pericot de la cerámica ibérica explica la extensión de las formas características con que aparecen en la historia los iberos, y nos orienta sobre la cronología de la difusión de su cultura.

Los tipos más antiguos de la cerámica ibérica pintada son los de Galera, Toya y el Cigarralejo (21). Se fechan en el siglo VI. Vienen después los tipos de Verdolay, junto a Murcia, y los de Elche y Archena. Liria, donde el hallazgo de un fragmento ático de figuras negras fechable en 476 a. C. acredita un comienzo antiguo, continúa los tipos de Verdolay (22). Al siglo IV pertenece el comienzo de la cerámica ibérica del Bajo Aragón (23); al IV-III, Ensérune (24); las piezas cerámicas de Azaila corresponden al siglo III (25).

La extensión de los estilos cerámicos ibéricos a Celtiberia se fecha, según Pericot (26), en los siglos III y II.

Aquí tendríamos que resolver la duda que plantea el periplo de Avieno (27), al decir que el territorio de los iberos, en el que «están situados en gran extensión hasta las cimas del Pirineo», comienza precisamente en la costa, hacia el cabo de la Nao, frente a la isla de Ibiza.

Además es cierto que pocos versos antes, en el 462 s., el piloto marsellés dice, refiriéndose, parece, porque el texto es sumamente impreciso y difícil, a la misma región del cabo de la Nao: *hic terminus*

(21) PERICOT: Op. cit. en la nota 11, pág. 241.

(22) PERICOT: Op. cit. en la nota 11, pág. 243.

(23) PERICOT: Op. cit. en la nota 11, pág. 245.

(24) PERICOT: Op. cit. en la nota 11, pág. 274.

(25) PERICOT: Op. cit. en la nota 11, pág. 250.

(26) PERICOT: Op. cit. en la nota 11, pág. 268.

(27) AVIENO, Ora. 472 y ss.

quondam stetit/Tartessiorum. Allí, o quizá un poco al Norte, más cerca del Júcar, «estuvo antaño el límite de los tartesios». Pero ese límite de los tartesios, que fue límite político, o de supremacía comercial, pertenecía ya al pasado en la fecha del periplo, hacia 520 a. C. No había ya allí límite político ninguno, y la epigrafía nos enseña que en el momento en que jonios, como nuestro marsellés, habían introducido su escritura en Alcoy y en Mula, lo que sería unos cuantos lustros después del periplo, les dieron escritura para escribir en la misma lengua que descubrimos de Urçi a Ensérune. Quizá el piloto marsellés encontró en la costa de Murcia y Alicante tantos elementos coloniales griegos y fenicios, que sólo al llegar al cabo de la Nao creyó encontrar verdaderos iberos. Pero la difusión de la lengua ibera la epigrafía nos la asegura también en el Sudeste, y en tiempo no muy posterior, dos siglos a lo más, a las observaciones de un piloto que hay que suponer vio menos del interior que de la costa.

Podemos, pues, defender la extensión de la cultura ibérica (lengua, escritura, cerámica, arte, etc.), con variantes regionales, pero con unidad que se extiende desde Urçi por la Bastetania, la Contestania, la Edetania, las tribus de la costa catalana (ilercaones, lacetanos, cosetanos, layetanos, indigetes) y la zona de Narbona y Ensérune, por la costa de Rosellón y el Languedoc. El amplio territorio de los ilergetes es también epigráficamente ibero.

Dos monumentos epigráficos son preciosos por presentarnos la zona subpirenaica un poco al Sur de donde se debía hablar el euskera: me refiero al famoso documento que es la *turma Salluitana* (28), y al importantísimo documento, encontrado hace pocos años, de la *tabula Contrebiensis* (29).

Los nombres que contiene la primera, de soldados a quienes el general Cn. Pompeyo Estrabón, el padre del Magno, concede ciudadanía romana por sus méritos en la guerra contra los socios itálicos en 89 a. C., nos da una lista de 49 nombres ibéricos, de ellos uno repetido y tres incompletos, que pertenecen a diez ciudades: desgraciadamente sólo son entre estas de identificación segura Zaragoza y Lérida, y de probable, Egea; *Succonsa*, la otra cuyo nombre se conocía de antes, se cita en Ptolomeo, y se puede suponer estaba entre Huesca y Lérida.

(28) CIL I², 709, VI, 37.045. Cfr. N. CRINITI: «L'epigrafe di Asculum di Gn. Pompeo Strabone», Milán, 1970.

(29) G. FATAS CABEZA: «Contrebia Belaisca (Botorríta, Zaragoza). II. Tabula Contrebiensis», Monografías Arqueológicas, XXIII, Zaragoza, 1980.

Las personas ibéricas de la segunda, que es un arbitraje que el senado de Contrebia Belaisca dio, confirmado por el *imperator* C. Valerio Flacco, en 87 a. C., en un pleito que tenían los de Alagón contra los de Salluia (Zaragoza) sobre terrenos por los que pasaban aguas para el riego, son, aparte de seis magistrados de Contrebia que llevan nombres celtibéricos como los escritos en letras ibéricas en el bronce de Botorrita, sólo dos: el de [...C] *assius* hijo de [...] *eihar*, *Salluiensis*, y el de *Turibas* hijo de *Teitabas*, *Allauonensis*. Estos tres nombres, pues el zaragozano hijo de *Jeihar* tiene *praenomen* y *nomen* romano, son ibéricos, pero nuevos, aunque sólo *Jeihar* con su *h* plantea problemas. Estos nombres nos aseguran de que en territorio que Ptolomeo nos da como vascón, tenemos nombres ibéricos: en Segia, en Alauon y también en una inscripción latina con el nombre (en su primer elemento quizá no ibérico) (30), de *Turciradin*, de Sofuentes, al Norte de Egea (31).

J. Corominas comentó (32) otra inscripción (33), procedente de la alta Ribagorza, dándola como en «vasco ribagorzano» del siglo I. Los dos nombres indígenas que en ella se leen (ambos en dativo): *Tannae-paeseri* y *Asterdumari*, son, el primero, ibérico en sus dos elementos: *Tanne-* (34), y cf. *Baesadine*, *Baesisceris*, etc. (35), si bien en Aquitania también tenemos *Dann-*, y éste sería un caso en que se descubre un fondo común ibero-aquitano; en cuanto al segundo nombre, más que ibérico, en el que no parece se encuentre nada semejante, podría ser del fondo vasco-pirenaico, como defiende Corominas, que alega la palabra vasca *azter* «indagación, examen», y otras parecidas, y el nombre personal *Aster* en diplomas gascones de los siglos IX y XI, y otros. La dificultad que hay en *-dum-* podría resolverse, a mi juicio, con la falta o rareza de *m* en ibérico, y explicar así una confusión gráfica del vasco *dun* «que tiene», palabra muy frecuente.

Desde el punto de vista del vasco notaremos aún que resulta sorprendente en esta inscripción la existencia en tiempos romanos, como supone Corominas, de un dativo de singular en *-eri -ari*, de la declinación basada en el artículo, es decir, determinada, que no se pensaría fuera tan antigua. Pero la verdad es que falta documentación en este punto.

(30) M.ª L. ALBERTOS FIRMAT: «La onomástica personal primitiva de Hispania. Tarraconense y Bética», Salamanca, 1966, pág. 237.

(31) CIL II 2.976.

(32) J. COROMINAS: «Entre dos llenguatges», II, Barcelona, 1976, págs. 132-141.

(33) CIL II 5.840.

(34) ALBERTOS: Op. cit. en la nota 30, pág. 220.

(35) ALBERTOS: Op. cit. en la nota 30, pág. 47.

Es posible que en esta inscripción tuviéramos un testimonio de la relación entre el ibérico y el vasco, en territorio donde se podría esperar más bien vasco o aquitano (que podemos considerar idénticos entre sí). Quizá hasta allí llegaba, entre personas de posición social relativamente elevada, que hacían poner una lápida, la influencia del ibérico.

LA LENGUA IBERICA

Hacer algunas consideraciones sobre la lengua ibérica es muy difícil y muy expuesto a errar. Sin embargo no resistimos a la tentación de hacerlas porque, al menos, por ese peligroso camino, podemos acercarnos a la cuestión de los orígenes y relaciones de una lengua no descifrada.

La proposición siguiente: el ibero es una lengua no descifrada, nos permite enunciar a continuación esta otra: el ibero no es indoeuropeo. Una lengua de la que poseemos tantos documentos como los que se exhiben en el Museo de Valencia, y en otros más, no estaría indescifrada, una vez que se lee con seguridad, si fuera indoeuropea. Hasta lenguas que durante mucho tiempo no fueron reconocidas como indoeuropeas, cual el licio y el lidio, pudieron identificarse como herederas, aunque muy cambiadas de las antiguas lenguas indoeuropeas anatólicas. Pero la dificultad para reconocerlas como tales estaba en su escritura, con más puntos oscuros que la ibérica, y en que han tenido una larga evolución, una vez disuelta la antigua familia anatólica del hetita, en el Oeste de Asia Menor.

Es cierto que en la pátera de Tivissa (36) se ha señalado que se lee:

Boutintibas sani cifsto urcetices.

La tercera palabra podría ser en indoeuropeo un aoristo medio (del tipo del véneto *donasto* «dedit», *fagsto* «fecit») del verbo *k^wer-*, bien atestiguado en indio *karati* «él hace»; galés, *paraf* «hace, causa»; irlandés, *cruth* «figura»; galés, *pryd* «figura, tiempo». Así lo explicó L. Michelena y lo aceptó V. Pisani (37).

(36) M. GOMEZ MORENO: «Misceláneas», Madrid, 1949, pág. 293, núm. 36.

Cfr. ARRIBAS: Op. cit. en la nota 10, pág. 154.

G. NICOLINI: «Les ibères», París, 1973, págs. 51, 151 y ss.

(37) L. MICHELENA: «¿Un aoristo sigmático indoeuropeo en la pátera ibérica de Tivisa?», Emerita, XX, Madrid, 1952, págs. 153-160.

V. PISANI: En Archivio glottologico italiano, XXVIII, Torino, págs. 104 y s. y en Paideia, IX, Génova, pág. 13.

Pero en el millar largo de voces ibéricas que se han reunido (38), no se repite otro caso, ni en desinencias, tipos de flexión, ni, salvo en algún posible préstamo, en vocablos, se halla nada que se pueda comparar a lenguas indoeuropeas.

Descartada así la comparación, es decir, el origen indoeuropeo, no parece hasta ahora más tentadora, a juzgar por su fortuna, la que intenté con el beréber. En un trabajo de 1946 (39), propuse interpretar *eban* (*en*) de ciertas inscripciones ibéricas como el beréber y semítico *eban* «piedra» más un elemento pronominal *-en*, que se halla así pospuesto, no al poseedor, sino al poseído, en beréber, y que, pospuesto al poseedor yo considero que es el genitivo vasco que H. Gavel llamó determinativo, aplicado especialmente a personas y seres animados: en vasco se dice *Peruren harria* «piedra de Pedro», a diferencia de ibérico *Balceadin Isbedarticer ebanen* «B. hijo de Isbedar (en una forma adjetival) piedra-de-él». Con un elemento pronominal posesivo distinto tenemos en íbico *Msult bn-s* «Musulamia tumba-su» (40), y en beréber actual *tamaziYt en-s* «patria él-su (patria de él)» (41). Para hacer verdaderamente digna de tomar en cuenta mi hipótesis, recordaré que en la epigrafía hebraica de todos los tiempos *eban* significa «lápida», y el epigrafista J.G. Février (42), publicó una serie de inscripciones latinas de Libia en las que aparece, en cada una, la palabra *aban* escrita así, en caracteres latinos, en inscripciones romanas con nombres indígenas.

Pero la verdad es que si admitimos la posibilidad, señalada por alguien, de que *eban* «lápida» en ibero fuera un préstamo púnico, sólo nos quedaría el *-en* ibérico con paralelos en beréber. Recordaremos todavía que J. Pokorny, en un trabajo de 1950 (43), utilizó mi construcción beréber-ibero-vasca para explicar (pues en vasco *-en* además de para el genitivo sirve como pronombre relativo) los orígenes del relativo infijado en irlandés antiguo, en ejemplos como *inna aimsire mbíte-som isind fognam* «del tiempo en que (*n*, asimilada a la *b* que sigue) están en servicio», *sechi chruth do-n-d-rón* «de cualquier forma que (*n*)

(38) J. SILES RUIZ: «Léxico de inscripciones ibéricas», Madrid, 1985.

(39) Luego incluido en TOVAR, op. cit. en la nota 20.

(40) A. TOVAR: «Papeletas de epigrafía íbica», Boletín de Trabajos del Seminario de Estudios de Arte y Arqueología, X, Valladolid, 1943-1944, pág. 36.

(41) TOVAR: Op. cit. en la nota 20, págs. 61 y ss. y 90 y ss.

TOVAR: Op. cit. en la nota 9, en segundo lugar, págs. 62 y ss.

(42) J. G. FEVRIER: En *Studi orientali in onore di G. Levi della Vida*, I, Roma, 1956, págs. 182 y ss.

(43) J. POKORNY: «Zum nichtindogermanischen Substrat im Inselkelketischen», *Die Sprache*, I, Wien, 1949, pág. 244.

yo lo (*d*) hiciera (1.^a persona singular del perfecto de *di-ro-gni*)». Este complicado juego de relaciones, que puede parecer poco creíble, adquiere sentido dentro de la idea de un sustrato camítico en el Occidente de Europa, hipótesis que mantuvo Pokorny de un modo que ahora no se estila, pero que puede tomarse en cuenta según indicaciones resultantes de la léxico-estadística y la tipología, a las que luego nos referiremos.

No han faltado, naturalmente, intentos de relacionar directamente el ibero con las lenguas semíticas. Me limitaré a citar dos trabajos que no me parecen convincentes. Primero el de Juan de Gorostiaga (44). Sin verdadero análisis, da por seguro que se trata del contrato que hace un dueño con dos constructores para la reparación de dos casas. No hace caso de la separación de palabras con puntos y así consigue aislar dos veces la palabra *bait* «casa» y una vez el plural *betin*; *adunin* lo traduce por *adun* «señor», pero en conjunto no ha explicado las palabras. En el segundo intento que reseñamos, su autor, J. M. Solà i Solé (45), parte de identificar, como su precursor, el ibero con el púnico, lo que, de ser cierto, aseguraría mejores resultados que los que él alcanza. De una inscripción de Liria saca lo siguiente: «bitiiba (sin explicar) de Banitewbar hijo de Balcewni». De la del Cerro de los Santos *Bástulaiacun*: *mš* «estatua» *z* «esta», un déictico *du*, la preposición *l* y el nombre propio fenicio *Yakun* «estatua esta aquí para Yakun». Nada le detiene: la inscripción de Ibiza, *Tirtanos Abulocum Letondunos ge. Beligios*, toda identificada: nombre, gentilidad, filiación y étnico en celtibérico, es traducida así: «Tirtan Osabul ha erigido (o dedicado) a su señor el sepulcro de Yws». Basta todo esto para probar que, al menos hasta ahora, el semítico no ha dado resultados.

Una comparación del ibérico que, si lo identificamos demasiado con el vasco, podría considerarse tradicional, es la que se supone con las lenguas caucásicas, especialmente con la más importante y la más antiguamente atestiguada, el georgiano. Como la investigación comparada del ibero (lengua no descifrada) con las lenguas caucásicas es todavía inexistente, no podemos hacer más que dar brevemente cuenta de los resultados de la comparación vasco-caucásica. En nuestro tiempo, después de H. Schuchardt y C. C. Uhlenbeck, han sido K.

(44) J. DE GOROSTIAGA: «Interpretación, traducción y análisis del plomo ibérico de Castellón», Boletín de la Real Sociedad Vascongada de Amigos del País, IX, San Sebastián, 1953, págs. 105-109.

(45) J. M. SOLA SOLE: «Assaig d'interpretació d'algunes inscripcions ibèriques mitjançant el fenici i el punic», Oriens Antiquus, VII, Roma, 1968, págs. 223-244.

Bouda y R. Lafon los principales mantenedores, con trabajos principalmente en el campo del léxico, e intentos del segundo de estos autores en el de la morfología, de la relación entre el vasco y las lenguas caucásicas (46).

En 1961 hicimos un trabajo en el que colaboraron varios autores: además de los dos citados y Michelena, W. Vycichl y el inventor del método, M. Swadesh (47); en él se pueden ver hasta cierto punto confirmadas las semejanzas léxicas entre el vasco y el complejo mundo caucásico. Nos resultaba un 7'52 % de palabras comunes, en la lista de 100 de Swadesh, al vasco y al georgiano, representante en nuestro trabajo del grupo meridional, otro 7'52 común al vasco y al circasiano, representante del caucásico nordoccidental, y sólo un 5'37 % a vasco y avar, del grupo del Nordeste, y geográficamente más distante. Aun siendo escéptico sobre el método léxico-estadístico (yo no lo soy, por cierto) y admitiendo que, por debajo de 5 %, puede intervenir demasiado la pura causalidad, un 7'52 tiene cierta significación.

Michelena, uno de los principales colaboradores en aquel trabajo, no oculta, en el capítulo que escribió después para el volumen *Le langage*, su escepticismo ante la idea, que justificaba en cierto modo el título de su trabajo (48), de que dos islas lingüísticas como el vasco (aun añadiéndole el ibero) y el grupo caucásico de lenguas, más de veinte o veinticinco en las tres zonas en que se clasifican, podrían haber conservado elementos comunes de una amplísima área lingüística cuya unidad habrían roto poderosas familias de lenguas, como la indoeuropea. Realmente las distancias, aun suponiendo, para lo que cada vez se halla menos fundamento, que el Mediterráneo hubiera sido elemento de difusión e intercambio lingüístico, son demasiado grandes y los obstáculos, insuperables.

Sin embargo, la léxico-estadística no cierra del todo la puerta a las numerosas comparaciones léxicas reunidas por los citados autores, a los que se puede añadir, con sus prejuicios A. Trombetti.

El *non liquet* pronunciado por Michelena al final de su citado trabajo es una prudente advertencia, pero no es una prohibición de seguir examinando críticamente la posibilidad.

(46) Recordemos de K. BOUDA: «Baskisch-kaukasische Etymologien», Heidelberg, 1949; de R. LAFON: «Études Basques et Caucasiques», Salamanca, 1952, y de otros que cita MICHELENA en su colaboración en el trabajo de la nota siguiente.

(47) A. TOVAR, en colaboración con K. BOUDA, R. LAFON, L. MICHELENA, W. VYICHL y M. SWADESH: «El método léxico-estadístico y su aplicación a las relaciones del vascuence». Boletín de la Real Sociedad Vascongada de Amigos del País, XVII, San Sebastián, 1961, págs. 249-281.

(48) L. MICHELENA: «L'euskaro-caucasien», en «Le langage» dirigido por A. MARTINET, Encyclopédie de la Pléyade, París, 1968, págs. 1.414-1.437.

No hace muchos años (49) apliqué consideraciones tipológicas que, efectivamente, como las léxicas (estadísticas o no), no tienen más que un valor de indicio (50), al vasco comparado con el avar y el georgiano, y la verdad es que en la tipología de orden de palabras podemos afirmar que las dos lenguas caucásicas comparadas comparten con el vasco tres rasgos muy importantes del tipo III de Greenberg: S(ujeto) O(bjeto) V(erbo), pos(iciones), y orden G(enitivo) N(ombre); son distintas (aparte de que el georgiano, en contacto con la literatura griega desde al menos el siglo VI, es una lengua más bien SVO) en que el vasco coincide con lenguas occidentales, como beréber y galés, en los rasgos N A(djetivo) y N D(emostrativo). En la tipología cuantificada propuesta también por Greenberg, la verdad es que el vasco comparte la misma altura con el avar y con el georgiano en el índice de síntesis, en el de aglutinación (con índice aún mayor en georgiano) y en la que Greenberg llama «flexión pura». El índice bajo en vasco de composición es mínimo en georgiano y medio en avar, el muy bajo de derivación en vasco lo es aún más en las dos lenguas caucásicas estudiadas, el medio del vasco en número de prefijos es alto en avar y muy alto en georgiano, el alto de sufijos en vasco es muy alto en avar, y aún más en georgiano.

En cambio el vasco tiene en aislamiento un índice alto, como vemos que es una tendencia en las lenguas de Europa occidental y en el beréber, mientras que el georgiano tiene un índice medio y el avar, bajo; en la concordancia es bajísimo el índice del vasco, y en cambio es medio el del georgiano y alto el del avar: en los otros rasgos flexivos que la concordancia, también el vasco es bajísimo, mientras que el avar es alto y el georgiano, altísimo.

En resumen, y para probar la significación de la tipología cuantificada, sorprende en este experimento la semejanza tipológica de dos lenguas caucásicas vecinas, que coinciden en grado en tres índices, y sólo una vez se alejan una de otra en más de un grado de los cinco que establecimos (muy alto, alto, medio, bajo, muy bajo) para valorar los índices numéricos (51). Nótese también la proximidad de las dos lenguas caucásicas en siete de los diez índices, mientras que en los sintácticos, el vasco es muy distinto. No nos atrevemos a sacar consecuencias, pero sí a llamar la atención sobre la coherencia de los resultados.

(49) A. TOVAR, en *Euskera*, XXIV, Bilbao, 1979, págs. 13-33.

(50) G. DEETERS, citado por MICHELENA: *Op. cit.* nota 48, pág. 1.415.

(51) A. TOVAR: En «Euskalerraren nazioarteko jardunaldiak», Real Academia Vasca, Bilbao, 1981, págs. 139 y ss. especialmente las 152 y ss.

Sobre la relación del ibérico con el vasco habría de repetir cosas que he dicho ya. Sigo pensando como en 1954: «el vasco no es un descendiente del ibérico, aunque haya elementos comunes a una y otra lengua» (52). En esto coincidimos la mayoría de los estudiosos que leemos con el desciframiento de Gómez-Moreno las inscripciones. Las coincidencias que podemos señalar entre el vasco y el ibérico, tanto en léxico (donde pueden ser homofonías cuando el contexto ibérico no nos ayuda), como en la fonología, son, lo repetiremos (53), «profundas y reveladoras».

Me atrevería a decir que el vasco es el único camino, erizado de dificultades y rodeado de abismos, por el que podemos aspirar a entender algo más de las inscripciones ibéricas. A todo iberista le recomendaría, no que se comprara un diccionario vasco, sino que estudiara bien el euskera.

Y dejadme que termine otra vez lleno de dudas ante las tinieblas que nos rodean. La lengua ibérica es preindoeuropea, y me atrevería a decir que más preindoeuropea (más exótica) que el etrusco. Podría tener más elementos camíticos que mi olvidado *ebanen*, porque un sustrato camítico hispánico se puede suponer sobre la base del vasco, que muestra en nuestro trabajo léxico-estadístico casi un 10 % de coincidencias con dialectos beréberes de Marruecos. La explicación ibero-caucásica no se ha comenzado a investigar aún, pero buenos conocedores del georgiano tendrían la palabra.

La tipología permite suponer que el vasco tiene a la vez conexiones (de origen posiblemente) con Asia, pero también influencias camíticas que se pueden suponer en el extremo Occidente de Europa.

Y al terminar el examen de los elementos de comparación de que disponemos para los textos ibéricos, tengo que dar fin a esta exposición. Hubiera querido examinar nuevas cuestiones y puntos de vista, y hasta haber aportado propuestas nuevas de desciframiento, pero he intentado más bien presentar el problema en su conjunto. No tengo derecho a retener más vuestra atención.

Si comencé recordando el estado de los estudios ibéricos cuando Fletcher y sus coetáneos los heredamos de nuestros maestros, terminaré expresando nuestra esperanza y nuestro deseo de que nuestros compañeros y discípulos puedan, ahora que disponen de materiales más abundantes, como entonces no nos atrevíamos a soñar, avanzar en el conocimiento del enigma, que nosotros dejamos no resuelto, mientras tal vez sonrío la esfince ibérica.

(52) A. TOVAR: «El euskera y sus parientes», Biblioteca Vasca, II, Madrid, 1959, págs. 38 y s.

(53) TOVAR: Op. cit. en la nota anterior, pág. 55.